Segundas Jornadas Peirceanas (Estudios semióticos aplicados al arte y la educación)
Escuela Superior de Artes de Yucatán, 25 de abril de 2009

(Texto oral)

Charles S. Peirce: las metáforas y el papel de la imaginación

Jaime Nubiola
Universidad de Navarra
(jnubiola@unav.es)

"Pronunciar una palabra es
como tocar una tecla en el piano de la imaginación".
L. Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, n. 6

La recepción de Charles S. Peirce (1839-1914) en el mundo hispánico fue hasta 1980 un tanto fantasmagórica en el sentido de reconocerse abiertamente su importancia, pero sin que apenas se conocieran sus ideas. Esta situación comenzó a cambiar con algunas traducciones a finales de los ochenta, las primeras tesis doctorales sobre la semiótica peirceana y con la creación en 1994 de un Grupo de Estudios Peirceanos con base en Navarra que aglutina los esfuerzos de investigadores españoles e hispanoamericanos persuadidos de que en el pensamiento de Peirce hay algunas claves relevantes para la filosofía y la cultura del siglo XXI. En los últimos años el interés por la figura y el pensamiento de Peirce está creciendo también en México como lo atestiguan estas segundas Jornadas y la próxima publicación en Fondo de Cultura Económica del *Essential Peirce*. En este sentido agradezco muy vivamente la cordialísima y generosa invitación del Mtro. Humberto Chávez y del Dr. Edgar Sandoval a impartir esta conferencia de clausura que me permite recuperar el contacto con tan buenos amigos mexicanos y de visitar brevemente este hermoso lugar.

El objetivo de mi ponencia es, en primer lugar, presentar a grandes rasgos la figura de Charles S. Peirce para centrar luego la atención en su análisis de las metáforas y en su concepción de la imaginación como corazón de la racionalidad. En particular, me gustaría mostrar la afinidad del enfoque de Charles S. Peirce sobre la metáfora con las propuestas del lingüista George Lakoff, quien revolucionó en los años ochenta este campo de investigación con su libro *Metaphors We Live By*, escrito en colaboración con el filósofo Mark Johnson.

1. Un perfil biográfico de Charles S. Peirce

Charles S. Peirce nació en Cambridge (Massachusetts) en 1839. Era el segundo hijo de una de las familias más destacadas del entorno intelectual, social y político de Boston. Su padre —Benjamin Peirce— era profesor de Harvard y un reconocido matemático y astrónomo de su época. Desde muy pequeño inició a Charles en el estudio de la física, de las matemáticas y de la astronomía. La formación académica de Peirce fue eminentemente científica y se graduó en química por la Universidad de Harvard en 1863. Sin embargo, a lo largo de toda su vida demostró una constante fascinación por las cuestiones filosóficas, a las que se introdujo principalmente a través de la filosofía kantiana y de la filosofía escocesa del

sentido común. Peirce dominaba la historia de las ideas, así como la historia y la teoría de la ciencia, y a lo largo de los años se mantuvo en constante diálogo con los pensadores que le precedieron.

Durante cinco años (1879-1884) Peirce enseñó lógica en la recién creada Johns Hopkins University, lo que supondría su único contacto prolongado con una Universidad. Entre 1865 y 1891 desarrolló su actividad profesional como científico en la *United Coast and Geodetic Survey*. Allí trabajó de forma regular y constante como metrólogo y como observador en astronomía y geodesia. Ese trabajo de tipo experimental le permitió viajar por Europa y adquirir un importante prestigio internacional como científico.

En 1887, cuando sólo contaba 48 años, Peirce se trasladó a Milford (Pennsylvania), donde vivió retirado junto a su segunda esposa, Juliette Froissy, durante veintisiete años. En ese tiempo se dedicó a escribir afanosamente acerca de lógica y filosofía, corrigiéndose a sí mismo una y otra vez, con "la persistencia de la avispa dentro de una botella", según sus propias palabras, aunque sus trabajos en muchos casos no llegaran nunca a ser publicados. Durante ese tiempo Peirce escribió la mayor parte de las 80.000 páginas de manuscritos que dejó a su muerte en 1914 y que su esposa vendió a la Universidad de Harvard.

Charles Peirce fue un pensador extraordinariamente prolífico y dejó una obra que destaca por su amplitud y extensión. Puede decirse que su pensamiento consiste en un conjunto de doctrinas distintas, pero relacionadas entre sí. Su interpretación ha sido difícil y en ocasiones se le ha visto como un pensador contradictorio, pero de modo creciente y particularmente a partir de la edición cronológica de sus escritos, se ha señalado la profunda sistematicidad y coherencia de su pensamiento. Se ha visto con más claridad que Peirce pretendió llevar a cabo una magna obra, una arquitectónica de la razón humana en la que fuera posible analizar los distintos sistemas teóricos en una dependencia jerárquica, en estrecha relación con su triada de categorías (primeridad, segundidad y terceridad). Para desarrollar ese sistema Peirce conjugó intuiciones brillantes, que a veces sorprenden por su claridad y acierto —algunas de sus ideas son como decía James "destellos de luz deslumbrante sobre un fondo de oscuridad tenebrosa"[1]— durante décadas de trabajo tenaz y persistente.

El ámbito de los temas que Peirce trató es muy amplio. A título de ejemplo, antes de iniciar mi viaje, exploré en la edición electrónica de los textos de Peirce y encontré una recensión suya de abril de 1902 en la que a propósito de las diferencias entre la formación de las islas Maldivas y las islas coralinas del Pacífico habla de los nódulos de manganeso en el suelo del océano cerca de Yucatán (*CN* 3.73). En muchos de los temas que abordó se le ha considerado como iniciador o fundador, como es el caso de la semiótica. La independencia y creatividad de su pensamiento está marcada así mismo por una nueva corriente filosófica de la que se le considera fundador: el pragmatismo. Esta doctrina, que nace como un método lógico para esclarecer conceptos, llegó a convertirse en la corriente filosófica más importante en Norteamérica durante el último tercio del siglo XIX y el primero del XX y que ahora está resurgiendo por doquier.

El origen del pragmatismo puede situarse en las reuniones del *Cambridge Metaphysical Club*, que Peirce había creado junto a otros intelectuales entre 1871 y 1872[2],

---

[1] W. JAMES: *Pragmatism*, Cambridge: Harvard University Press 1907, p. 10.

[2] Para estudiar el origen del pragmatismo véase M. H. FISCH: "Was There a Metaphysical Club in Cambridge?", *Studies in the Philosophy of Charles Sanders Peirce*, Second Series, E. Moore y R. Robin (eds),

mientras que los primeros textos escritos se publicaron en 1877-78 bajo el título genérico de "*Illustrations of the Logic of Science*" en la revista *Popular Science Monthly*[3]. William James, miembro también de ese Club Metafísico, señalaría posteriormente a Peirce como padre de esa corriente de pensamiento.

Hay otras muchas nociones novedosas en el pensamiento peirceano, como su teoría de las categorías —que vertebra todo su pensamiento—, la dimensión triádica de los signos, o su cosmología de corte evolucionista. Entre sus logros más novedosos la abducción, la misteriosa capacidad que tenemos los seres humanos de hacer conjeturas acertadas, ocupa para mí un lugar central.

La abducción es el proceso mediante el que generamos hipótesis para dar cuenta de aquellos hechos que nos sorprenden. Peirce consideró que la abducción estaba en el núcleo no sólo de la actividad científica, sino también de todas las actividades humanas ordinarias. A pesar del trabajo y los escritos de Peirce en el ámbito de la metodología de la investigación, en los cien años siguientes no se ha prestado —a mi juicio— suficiente atención a la lógica del descubrimiento y al papel decisivo que en ella tiene la imaginación. Con una bella metáfora me gusta decir que la imaginación es el corazón de la racionalidad, pero también podría decirse —con otra metáfora quizá más mecánica— que la imaginación es verdaderamente su motor.

Veámoslo un poco más despacio.

2. Las metáforas en C. S. Peirce

Suele decirse —y me parece que correctamente— que Peirce prestó poca atención a la metáfora, pues son pocas las veces en que la palabra "metáfora" aparece en sus escritos, hoy día fácilmente accesibles gracias a la versión electrónica. En su clasificación de los signos, Peirce sitúa a las metáforas en la categoría de los íconos, junto con las imágenes, las analogías y los diagramas (*CP* 2.277, c.1902), pero no se detiene a analizarlas con detalle ni a explicar cuál sea su papel. De modo general puede decirse, tal como detectó Doug Anderson, que en los textos de Peirce se distinguen dos niveles para la comprensión y el tratamiento de la metáfora, el nivel de las metáforas creativas y el de las convencionalizadas en el lenguaje: las metáforas creativas son icónicas y, por tanto, son la base de las metáforas convencionales[4].

Quizá sea útil para distinguir estos dos niveles poner un ejemplo. Cuando unos yucatecos se casan y se van de luna de miel hacen un viaje a algún lugar cercano o lejano, de ordinario hermoso, para celebrar que han contraído matrimonio. A nadie se le ocurre pensar ni que van a viajar a la luna, ni que van a probar la miel ni nada por el estilo. Se trata de una

---

Amherst: University of Massachusetts Press 1964, pp. 3-32 y "Was there a Metaphysical Club in Cambridge? — A Postscript", *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 17 (1981), pp. 128-130; L. MENAND: *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, Barcelona: Destino 2002; C. SINI: *El pragmatismo*, Madrid: Akal 1999; J. BRENT: *Charles Sanders Peirce. A Life*, Indiana: Indiana University Press 1998 (2ª edición revisada), capítulo 2.

[3] Se trata de los seis artículos: "The Fixation of Belief," 12 (Nov 1877) pp. 1-15; "How to Make Our Ideas Clear," 12 (Jan 1878) pp. 286-302; "The Doctrine of Chances," 12 (March 1878) pp. 604-615; "The Probability of Induction," 12 (April 1878) pp. 705-718; "The Order of Nature," 13 (June 1878) pp. 203-217; "Deduction, Induction, and Hypothesis," 13 (Aug 1878) pp. 470-482. Hay traducción castellana de todos ellos en http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html

[4] Cf. D. Anderson, "Peirce on Metaphor", *Transactions of the Charles S. Peirce Society* XX/4 (1984), pp. 453-468.

metáfora muerta, que está convencionalizada. En este sentido suele decirse que el lenguaje ordinario es un cementerio de metáforas muertas. A este fenómeno es al que los lingüistas suelen llamar catacresis. Quizá un poeta inspirado forjó hace siglos esa expresión "luna de miel", pero hoy en día ha perdido toda capacidad evocadora de su origen y la usamos como tantas otras sin prestar atención.

Para Peirce las metáforas son *hipoiconos*, son símbolos en los que domina la iconocidad. Se distinguen de las analogías, los mapas o los diagramas porque su iconicidad no se basa en su estructura, sino más bien en la apertura significativa que su creador percibe. Las metáforas creativas están abiertas al crecimiento, son las que ensanchan nuestra percepción o nuestra comprensión del fenómeno del que estemos hablando focalizando nuestra atención en algunos aspectos y dejando otros quizás en la sombra. Para Peirce, mientras la analogía funciona primariamente en el descubrimiento científico, la metáfora "tiene su papel en la creatividad artística como manera de traer nuevas cosas al mundo. Y la razón de que Peirce se ocupe de la primera más que de la segunda es que durante la mayor parte de su vida se interesó primeramente en la ciencia"[5]. Déjenme traer a colación uno solo de los textos de Peirce en los que describe cómo crea un individuo. Procede de "Amor Evolutivo" de 1893

> Supongamos, por ejemplo, que tengo una idea que me interesa. Es mi creación. Es mi criatura (...), es una pequeña persona; la amo, y moriría por perfeccionarla. No es aplicando la fría justicia al círculo de mis ideas como las haré crecer, sino queriéndolas y cuidándolas como haría con las flores de mi jardín.

Entender que las ideas propias son como flores en un jardín, que pueden ser cuidadas amorosamente y alimentadas para que crezcan nos proporciona todo un marco interpretativo capaz de organizar nuestra actividad. No es una simple comparación, sino que crea un espacio de comprensión y unas pautas de conducta. Se trata de una metáfora verdaderamente creativa, no de un simple adorno retórico. En este sentido, puede afirmarse con Haley que la metáfora en Peirce no ha de ser entendida como un recurso "exclusivamente literario o un fenómeno lingüístico, sino que es un mecanismo fundamentalmente conceptual o cognitivo. La metáfora va más allá del lenguaje humano (...) al expresar y encarnar las relaciones que son fundamentales para el pensamiento humano y la consciencia"[6].

Frente al habitual desprecio filosófico por la metáfora, lo que llevamos dicho nos sugiere ya que la metáfora es central para la comprensión del conocimiento humano. Déjenme que les recuerde también aquella famosa declaración de Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*:

> ¿Qué es entonces la verdad? Un tropel de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas (...) las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han gastado y han quedado sin fuerza, monedas que han perdido su troquel y no se las considera ya como monedas sino simplemente como metal (Nietzsche 1980, 11).

---

[5] D. Anderson, "Peirce on Metaphor", p. 465.

[6] M. C. Haley, "Metaphor, Mind, and Space: What Peirce can offer Lakoff", en M. Shapiro, ed. *Peirce Seminar Papers: Proceedings of the International Colloquium on Language and Peircean Sign Theory*, 1999, p. 422; B. Sørensen, T. Thellefsen, y M. Moth, "Metaphor and Cognition from a Peircean Perspective" *Transactions of the Charles S. Peirce Society* XLIII/3 (2007), pp. 562-574.

3. Las metáforas en G. Lakoff

Quiero centrar ahora mi atención en la propuesta del lingüista norteamericano George Lakoff que revolucionó este campo de investigación con su libro *Metáforas de la vida cotidiana* de 1980, escrito en colaboración con el filósofo Mark Johnson[7]. Lo más atractivo de este libro son quizá sus ejemplos, capaces de persuadir al lector de que hasta ahora no había prestado suficiente atención a las metáforas que impregnan por completo su vida cotidiana. Frente a la tradición literaria que privilegiaba las metáforas poéticas, lo que sobre todo interesa a Lakoff y Johnson, son expresiones tan comunes como "perder el tiempo", "ir por caminos diferentes" o tantas otras. Expresiones como éstas

> son reflejo de conceptos metafóricos sistemáticos que estructuran nuestras acciones y nuestros pensamientos. Están "vivos" en un sentido más fundamental: son metáforas en las que vivimos. El hecho de que estén fijadas convencionalmente al léxico de nuestra lengua no las hace menos vivas (Lakoff y Johnson 1986, 95).

En *Metáforas de la vida cotidiana* Lakoff y Johnson presentan tres tipos distintos de estructuras conceptuales metafóricas:

1) **metáforas orientacionales**: organizan un sistema global de conceptos con relación a otro sistema. La mayoría de ellas tienen que ver con la orientación espacial y nacen de nuestra constitución física. Las principales son ARRIBA/ABAJO, DENTRO/FUERA, DELANTE /DETRAS, PROFUNDO/ SUPERFICIAL, CENTRAL/PERIFÉRICO.

> Por ejemplo, LO BUENO ES ARRIBA, LO MALO ES ABAJO: estatus *alto*, estatus *bajo*; las cosas van hacia *arriba*, vamos cuesta *abajo*; *alta* calidad, *baja* calidad; Su *Alteza* Real; *bajeza* de nacimiento; LA VIRTUD ES ARRIBA, EL VICIO ES ABAJO: alguien tiene pensamientos *elevados o rastreros*, si se deja arrastrar por las más *bajas* pasiones, cae *muy bajo* o en el *abismo* del vicio; los *bajos* fondos; *alteza* de miras, *bajeza* moral. FELIZ es ARRIBA, TRISTE es ABAJO: me *levantó* el ánimo; tuve un *bajón*, estoy *hundido*, sentirse *bajo*; *caer* en una depresión, etc., etc.

2) **metáforas ontológicas**: por las que se categoriza un fenómeno de forma peculiar mediante su consideración como una entidad, una sustancia, un recipiente, una persona, etc.

> Por ejemplo, LA MENTE HUMANA ES UN RECIPIENTE: No me *cabe* en la cabeza; no me *entra* la lección; tener algo *en mente*; o tener la mente *vacía*; *métete* esto *en* la cabeza; tener una melodía *en la cabeza*; estoy *saturado*; ser un cabeza *hueca*; etc., por no recordar las expresiones coloquiales 'tarro', 'perola', 'olla' y las diversas formas en que suelen ser usadas: se le ha ido la olla, etc.

3) **metáforas estructurales**: en las que una actividad o una experiencia se estructura en términos de otra. Así, COMPRENDER ES VER, UNA DISCUSION ES UNA GUERRA, o el ejemplo que sugieren José Antonio Millán y Susana Narotzky, los traductores de Lakoff y Johnson, que tiene una gran riqueza de recursos en castellano:

---

[7] En 1999 publicaron un libro mucho más grueso, *Philosophy in the Flesh,* con unas pretensiones filosóficas todavía de mayor alcance.

P. ej. UN DISCURSO ES UN TEJIDO: se puede *perder el hilo*; las ideas pueden estar *mal hilvanadas* o *deshilvanadas*, al *hilo* de lo que iba diciendo; puede faltar un *hilo argumental* o *conductor*; un argumento puede ser *retorcido*, el discurso tiene un *nudo* y un *desenlace*; se *atan* cabos, se pega *la hebra*; se *hila* muy fino, etc., etc.

La asignación de una importancia central a las metáforas y la detección de su ubicuidad en nuestro lenguaje lleva aparejada consigo la denuncia —de ahí el carácter revolucionario de esta teoría— de la insuficiencia de la aproximación al lenguaje exclusivamente lógica o semántica típica de los filósofos analíticos o la aproximación sintáctica típica de los lingüistas chomskyanos y generativistas en general y sirve para recuperar la aproximación pragmatista de Charles Peirce.

Para mi exposición lo que resulta más relevante es destacar que para Lakoff y Johnson es nuestro afán por estructurar coherentemente nuestra experiencia lo que nos lleva a proyectar un dominio conceptual sobre otro, a entender una realidad en términos de otra: las metáforas nos permiten entender sistemáticamente un dominio de nuestra experiencia en términos de otro. Por ejemplo, entendemos un sentimiento como el de "agobio" organizándolo espacialmente como una carga sobre nuestras espaldas. Esto que hacemos no se trata de una anomalía, sino que impregna todas nuestras prácticas lingüísticas porque es lo que hacemos ordinariamente para conocer nuevos fenómenos.

Para Lakoff y Johnson las metáforas nuevas pueden llegar a proporcionarnos una nueva comprensión de nuestra experiencia, pueden dar un nuevo significado a nuestras actividades, y a lo que sabemos y creemos. EL AMOR ES UNA OBRA DE ARTE EN COLABORACIÓN es la metáfora creativa que utilizan ellos en su libro, pero podemos pensar nosotros en muchas otras que nos iluminen y sean capaces de dotar de sentido a nuestras vidas. Para mí una de las que encierran todo mi trabajo en filosofía es esa que ya he dicho al principio de mi conferencia de que LA IMAGINACIÓN ES EL CORAZÓN DE LA RACIONALIDAD y es a esta metáfora tan profunda y hermosa a la que finalmente quiero brevemente prestar atención.

4. Conclusión: el papel de la imaginación

Con esa bella metáfora de que la imaginación es el corazón de la racionalidad se están afirmando muchas cosas. En primer lugar, se afirma que la fuente y el origen de nuestra actividad racional es el trabajo creativo, activo, de nuestra imaginación, pero, en segundo lugar, al afirmar que la imaginación es el corazón de nuestra razón se está sugiriendo también que es capaz de entrar en sintonía con otros latidos, con la imaginación de otras personas, con otros saberes, se está afirmando que no hay racionalidad privada, que todo lo sabemos entre todos y que aprendemos unos de otros.

Esto tiene muchas consecuencias. La primera de ellas es la tesis –como ustedes saben bien— de que la creatividad puede educarse y desarrollarse. No es cuestión de genialidad, ni de ser raro, sino sobre todo de disciplina, de entrenamiento, de educación y trabajo sobre uno mismo. En su hermoso texto sobre la razón creativa y la educación la Dra. Sara Barrena —que tanto me ha enseñado a mí en esta materia— recomienda a los maestros que eduquen a los estudiantes en su capacidad de abducir, en su capacidad de pensar creativamente:

> Se pueden enseñar en la escuela —escribe Barrena— toda una serie de capacidades que tienen que ver con el razonamiento, con la lógica. Entre ellas debería estar la capacidad de abducir, es decir, la de ser capaz de razonar creativamente, escuchando a los sentimientos y utilizando la imaginación; puede desarrollarse la capacidad de trabajar imaginativa y libremente las experiencias y realidades que se nos presentan, de modo que se favorezca la aparición de soluciones, de hipótesis o simplemente de formas innovadoras de ver las cosas. Hay que enseñar a poner a veces entre paréntesis el pensamiento estrictamente lógico en favor de un pensamiento hecho de asociaciones y de metáforas, de imágenes. Hay que enseñar a dejar suelta la mente para que vagabundee. Lo primero, por supuesto es aprender nosotros mismos a tratar de buscar explicaciones razonables a las cosas, posibles hipótesis explicativas y a aprender los momentos que son más adecuados para ello. (...) los maestros son responsables de enseñar a pensar abductivamente a los alumnos, de enseñar a hacer inferencias efectivas[8]. Los maestros deben enseñar a los alumnos a usar sus capacidades y a pensar por sí mismos: Como escribe John Dewey, "el maestro dirige la barca, pero la energía que lo impulsa debe venir de aquellos que están aprendiendo"[9]

Debo terminar ya y quiero hacerlo con una expresión anclada en el corazón de todos los seres humanos y que —como ha hecho notar Octavio Paz[10]— tiene equivalentes en todas las lenguas del mundo. Esta expresión son sólo dos palabras: *Muchas gracias*.

---

[8] M. A. AYIM, *Peirce's View of the Roles of Reason and Instinct in Scientific Inquiry*, Anu Prakashan, Meerut, India, 1982, 102.

[9] J. DEWEY, "Individuality and Freedom", en *Intelligence*, 623. Citado por J. DIGGINS, en *The Promise of Pragmatism*, University of Chicago Press, Chicago, 1994, 310.

[10] PAZ, O., "La búsqueda del presente", *El Extramundi*, I (1995), 151.